

Otra Economía

Revista Latinoamericana de economía social y solidaria

Otra Economía - Volumen IV - Nº 6 – 1er semestre/ 2010

ISSN 1851-4715



Otra Economía [online] - Volumen IV - Nº 6 – 1er semestre/ 2010 - ISSN 1851-4715. Disponible en: <http://www.riless.org/otraeconomia>

206 p.; 29 x 21 cm.

1. Autogestión; 2. Economía Social y Solidaría; 3. Cooperativas; 4. América Latina; 5. Marco legal.

Publicada por:
Red Latinoamericana de Investigadores de Economía Social y Solidaría (RILESS)



Ilustraciones:

Oriana Coraggio. Argentina.

Mi trabajo es, como yo lo veo, convertir la naturaleza y la pasión de la vida en pinturas.

No me guío, ni jamás lo haré,

por la moda,

Jamás pintaría algo solo porque "se usa" pintar eso.

Expreso lo que siento, pienso, amo y odio.

He puesto mi femineidad en mujeres

convertidas en árboles de vida y pasión.

Veo un árbol y lo imagino transformado en mujer,

o al revés,

una mujer dando vida a los pétalos y a las hojas de otoño.

Me guío por mi amor y pasión por el color.

Y por el movimiento del cuerpo.

Me inspira la vida misma.

He pintado paisajes, rostros, árboles,

Soles con labios carnosos y ojos curiosos, montañas,

barcos en miles de aventuras, etcétera, etcétera

Estudié 6 años pintura y 4 meses dibujo.

Amo la pintura desde que nací, es mi vida, mi aire y mi alma.

Sin ella me marchitaría.

Me permite expresarme mejor que escribiendo.

coraggiopaula@hotmail.com

<http://www.flickr.com/photos/15428426@>

Usted es libre de: copiar, distribuir, exhibir, y ejecutar la obra bajo las siguientes condiciones:

1. Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

2. No comercial. No puede utilizarse esta obra para fines comerciales.

3. Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Ante cualquier reutilización o distribución, usted debe dejar claro a los otros los términos de la licencia de esta obra.

Cualquiera de estas condiciones puede dispensarse si usted obtiene permiso del titular de los derechos de autor.

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Consejo Científico:

Boaventura de Souza Santos (Portugal)

Enrique Dussel (México)

Jean-Louis Laville (Francia)

José Luis Coraggio (Argentina)

Luiz Inácio Gaiger (Brasil)

Marília Veronese (Brasil)

Paul Singer (Brasil)

Directores:

José Luis Coraggio (Argentina)

Luiz Inácio Gaiger (Brasil)

Equipo Editorial:

Andressa Correa (Brasil)

Carolina Barnes (Argentina)

Federico Zuberaman (Argentina)

Gonzalo Vázquez (Argentina)

Leticia Cristina B Barbosa (Coord.) (Brasil)

Natalia García (Argentina)

Sandra Milena Muñoz (Coord. de esta edición)

(Colombia)

Diseño y diagramación:

Leticia Cristina Bizarro Barbosa (Brasil)

Cuerpo de referís:

Aida Quintar (Argentina)

Antonio Cattani (Brasil)

Antonio Elizalde (Chile)

Armando de Melo Lisboa (Brasil)

Carola Conde Bonfil (México)

Claudia Danani (Argentina)

Daniela Soldano (Argentina)

David Barkin (México)

Euclides André Mance (Brasil)

Fabio Sánchez (Brasil)

Fernando Kleiman (Brasil)

Gabriela Domecq (Argentina)

Gabriel Fajn (Argentina)

Griselda Verbecke (Argentina)

Gustavo Cimadevilla (Argentina)

Hans Beno Asseburg (Brasil)

Henrique Tahan Novaes (Brasil)

Lia Tiriba (Brasil)

Maria Adela Plasencia (Argentina)

María Arcelia González Butrón (México)

Mario Elgue (Argentina)

Mirta Vuotto (Argentina)

Pablo Guerra (Uruguay)

Patricio Narodowski (Argentina)

Paulo Albuquerque (Brasil)

Raúl Fernández Wagner (Argentina)

Ricardo Diéguez (Argentina)

Ruth Muñoz (Argentina)

Sarría Icaza (Brasil)

Susana Hintze (Argentina)

INDICE

<u>PRESENTACIÓN.....</u>	<u>4</u>
<u>SOCIEDAD, ECONOMÍA Y POLÍTICA.....</u>	<u>7</u>
El Buen (con) Vivir, una utopía por (re)construir: Alcances de la Constitución de Montecristi Alberto Acosta (Ecuador)	8
Políticas sociales, gobiernos progresistas y movimientos antisistémicos Raúl Zibechi (Uruguay)	32
Desarrollo sostenible: una guía básica de conceptos y tendencias hacia otra economía Eduardo Gudynas (Uruguay)	43
<u>ECONOMÍA SOCIAL Y SOLIDARIA: EXPERIENCIAS E SUJETOS</u>	<u>67</u>
Espacios de articulación, redes autogestivas e intercambios alternativos en la ciudad de Buenos Aires Luciana García Guerreiro (Argentina)	68
Reestructuración económica y desarrollo local en la periferia: Una mirada desde la economía social al caso Rosarino Juan Carlos Vargas (Colombia)	83
La empresa social una forma de organización innovadora Graciela Lara Gómez, Amalia Rico Hernández y Rosa María Romero González (Mexico)	103
Capacidades Societales de Innovación en Empresas de Propiedad Social en Venezuela: las redes socioproductivas al servicio de las personas Belinda Colina Arenas (Venezuela)	116
Economía Solidaria y ecosociodesarrollo: la construcción de una nueva percepción de la sustentabilidad Dario Azzellini (Venezuela)	134
<u>ECONOMÍA SOCIAL Y SOLIDARIA: CONTRIBUCIONES TEÓRICAS.....</u>	<u>152</u>
Una aproximación a las divergencias e implicaciones de los distintos abordajes a la Economía Social: países centrales europeos y América Latina Paula Oxoby (Argentina)	153
La obsoleta mentalidad de crecimiento del G20 Federico Zuberan (Argentina)	167
Del homo oeconomicus al homo redemptori: Emprendimiento y Nuevo Neo-liberalismo José Francisco Puello (Colombia)	181

Otra Economía

Sección

Economía Social y Solidaria: contribuciones teóricas

La obsoleta mentalidad de crecimiento del G20

Federico Zuberma

Ingeniero Agrónomo. Maestrando en Economía Social. Investigador docente del Área de Ecología de la Universidad Nacional de General Sarmiento. E-mail: fzuberma@ungs.edu.ar

Resumen

Desde el derrumbe financiero de 2008 el G20 ha realizado una serie de tres cumbres con el objetivo de establecer soluciones globales a la crisis económica y financiera mundial, reforzar la cooperación internacional e introducir las reformas necesarias en el mundo de los sistemas financieros para restaurar el crecimiento mundial. Estas reuniones han sido valoradas con ostentosos calificativos por parte de las figuras políticas participantes así como por numerosos medios masivos de comunicación. Por el lado de las respuestas de los mercados bursátiles el optimismo pareció ser el mismo. El presente trabajo se propone hacer una revisión crítica de las determinaciones tomadas en dichas cumbres analizando los documentos producidos desde un abordaje teórico que permita evaluar en qué medida se ha hecho un correcto diagnóstico de la crisis, en qué medida se plantea el giro histórico anunciado y en qué medida las estrategias planteadas se podrán canalizar como verdaderas soluciones a las grandes problemáticas globales.

Palabras claves: G20, crisis financiera, decrecimiento, crecimiento sustentable, escuela sustantivista, economía ecológica.

Abstract

Since the financial collapse in 2008, the G20 has organized different summits with the aim of establishing solutions to the global economic and financial crisis, supporting international cooperation and introducing necessary reforms in the world financial system to restore economy growth. These meetings have been well qualified by the participating political figures as well as the media. The optimism seemed to be the same in the equity markets. This paper aims to propose a critical review of the determinations made at these summits, analyzing the documents produced from a theoretical approach to assess if it has made a correct diagnosis of the crisis, if there is a real historical change and if the strategies discussed may provide real solutions to these huge global problems.

Key words: g20, financial crisis, degrowth, sustainable growth, substantive economy, ecological economy, ecological economics.

Introducción



El 25 de septiembre de 2009 culminó en Pittsburgh, la última de una serie de tres reuniones que el G20 realizó desde el derrumbe financiero de septiembre de 2008. La primera de ellas se había celebrado en Washington, el 15 de noviembre de ese año, movilizada por la urgencia que significaba el reciente desplome bursátil. Allí, se logró un consenso generalizado en la necesidad “de establecer soluciones globales a la crisis económica y financiera mundial”, “reforzar la cooperación, trabajar juntos para restaurar el crecimiento mundial y lograr las reformas necesarias en el mundo de los sistemas financieros” (G20, 2008). Más allá de ese entendible consenso, se advertían posiciones claramente diferenciadas entre los mandatarios de los países concurrentes. Mientras que Estados Unidos, todavía bajo el mandato de

George W. Bush, bregaba por sostener una economía mundial basada en el libre mercado, la mayoría de los líderes europeos proponían la implementación de algunos cambios en el sistema financiero internacional con regulaciones más estrictas a las entidades bancarias y financieras. Entre los países emergentes, los latinoamericanos, más alineados con los mandatarios europeos que con defender la economía del libre mercado, reclamaban más protagonismo en el G20. Los asiáticos, por su parte, mantenían diversas posturas en torno a estas cuestiones. Siendo la primera reunión de esta serie, y dadas las diferencias no hubo grandes resoluciones ni anuncios, ni tampoco tuvo la repercusión de las posteriores. Apenas se esbozaron algunas de las líneas que se definirían en las próximas reuniones: la necesidad de tomar medidas urgentes para estabilizar los mercados financieros, estimular el rápido crecimiento de la demanda a través de medidas fiscales y perpetrar reformas en el FMI y el Banco Mundial.

La reunión celebrada en Londres el 2 de abril de 2009 ha sido, sin dudas, la de mayor trascendencia de las tres. Fue valorada con ostentosos calificativos tanto por las más destacadas figuras políticas participantes del evento así como por numerosos medios de comunicación de alcances nacional e internacional. El primer ministro inglés, Gordon Brown, la definió como “un giro histórico” y sentenció que “un nuevo orden mundial está emergiendo”. Nicolás Sarkozy, presidente francés, la calificó como el punto de partida para la “reforma más profunda del sistema financiero desde 1945”. La mandataria argentina, Cristina Fernández, por su parte, entendió que se habría dado un “salto cualitativo” y junto a Lula Da Silva coincidieron en que no se plantearon simplemente “cambios cosméticos”. El tratamiento de la prensa gráfica y audiovisual en la mayoría de los casos acompañó este tipo de declaraciones. Por el lado de las respuestas de los mercados bursátiles, el optimismo pareció ser el mismo. Wall Street arrojó un alza del 4% pocas horas después, cerrando con una ganancia del Dow Jones del 2,8% y 3,3% en el Nasdaq. Las bolsas europeas experimentaron alzas de alrededor del 5%, al igual que la de Tokio, en tanto que la de Hong Kong superó

el 7%. Las bolsas de México y San Pablo, alcanzaron el 4 y 5% respectivamente. Más allá de estas estruendosas frases de los mandatarios, el mencionado optimismo de gran parte de la prensa y la respuesta favorable de los mercados bursátiles, la reunión dejó como resultado fundamental un comunicado final de apenas veintinueve puntos que aun encierran contradicciones, omisiones y falsas soluciones.

Aunque con menor repercusión mediática que la de abril, la última cumbre, celebrada en Pittsburgh, tuvo similares comentarios por parte de los mandatarios. Lula Da Silva insistió en que se trató de “una victoria extraordinaria”. Strauss-Kahn, director del FMI, entendió que se trataron “decisiones históricas en la economía internacional” sentando las bases para una “cooperación profunda en la política económica mundial” y una vez más se habló de una “nueva arquitectura para la economía mundial”. La cumbre de Pittsburgh no hizo más que cerrar aquellos puntos que habían quedado delineados pero sin concluir en Londres, tales como las reformas en el sistema financiero de cooperación internacional y la representación de los países emergentes. Además, como novedad, se incluyeron específicamente los asuntos de la seguridad energética, las políticas de empleo y el cambio climático.

El presente trabajo se propone hacer una revisión crítica de los documentos elaborados en esta serie de reuniones de integrantes del G20 y de las políticas que en ellas se trazaron. Se pretende hacer un análisis desde un abordaje teórico que nos permita evaluar en qué medida se ha hecho un correcto diagnóstico de la crisis financiera mundial, en qué medida estamos frente a un verdadero “giro histórico” y en qué medida las nuevas estrategias planteadas se pueden canalizar en verdaderas soluciones a las grandes problemáticas globales. Dicha revisión se hace a la luz de distintos abordajes que van desde el enfoque de la escuela sustantivista de Karl Polanyi, al de algunos exponentes de la Economía Ecológica, como Georgescu Roegen o Howard Odum, pasando por teóricos del marxismo como James O'Connor y de la corriente del decrecimiento como Serge Latouche. Por otra parte se plantea en qué medida un organismo supranacional de este tipo tiene la facultad y/o el deber de encaminar y conducir las soluciones que hoy se necesitan.

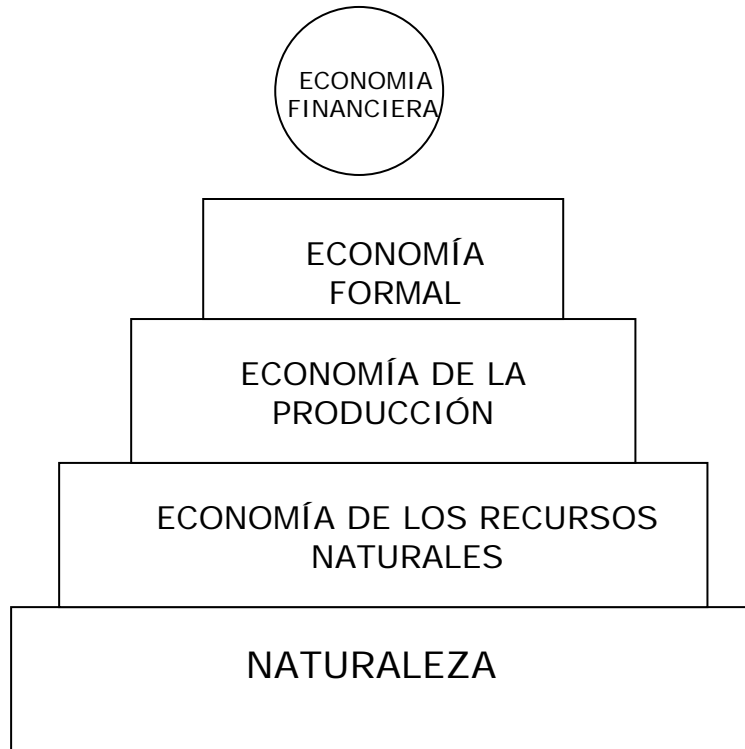
1. Las crisis del capitalismo

La crisis financiera mundial, puesta en evidencia en septiembre de 2008, ha sido catalogada por el propio Alan Greenspan, ex presidente de la Reserva Federal como “la crisis más desgarradora desde el fin de la segunda guerra mundial”. En la misma sintonía, son numerosos los expertos que han comparado e igualado el reciente derrumbe de las bolsas norteamericanas con aquel lunes “negro” de 1929 en Wall Street. En rigor, no es correcto decir que la crisis haya sido en el 2008, ni tampoco que “explotó” en septiembre de 2008. Cuanto más, podría decirse que se hizo inevitablemente visible para el establishment financiero en ese momento. Lo cierto es que más allá de la incidencia que tuvieron la burbuja inmobiliaria, el crédito desmedido o las expectativas en las innovaciones informáticas y el mercado que abriría el desarrollo de Internet, las verdaderas causas se encuentran mucho más lejanas en el tiempo (Arceo, 2009).

Desde los orígenes del proyecto neoliberal y la caída de las instituciones de Bretton Woods la economía financiera y monetaria se ha venido reproduciendo de manera cada vez más desconectada del sustento de la economía real. Sin embargo, suponer que las consecuencias que esta volatilidad o explosión que la economía financiera genera se encuentran igualmente desconectadas de dicho sustento real sería una verdadera falacia. No es posible entender la economía financiera sin comprender de qué manera ésta se encuentra anclada en la economía productiva real, la cual a su vez se encuentra contenida en un sistema que no le es propio, que no ha sido creado por ella y donde se pone en juego la

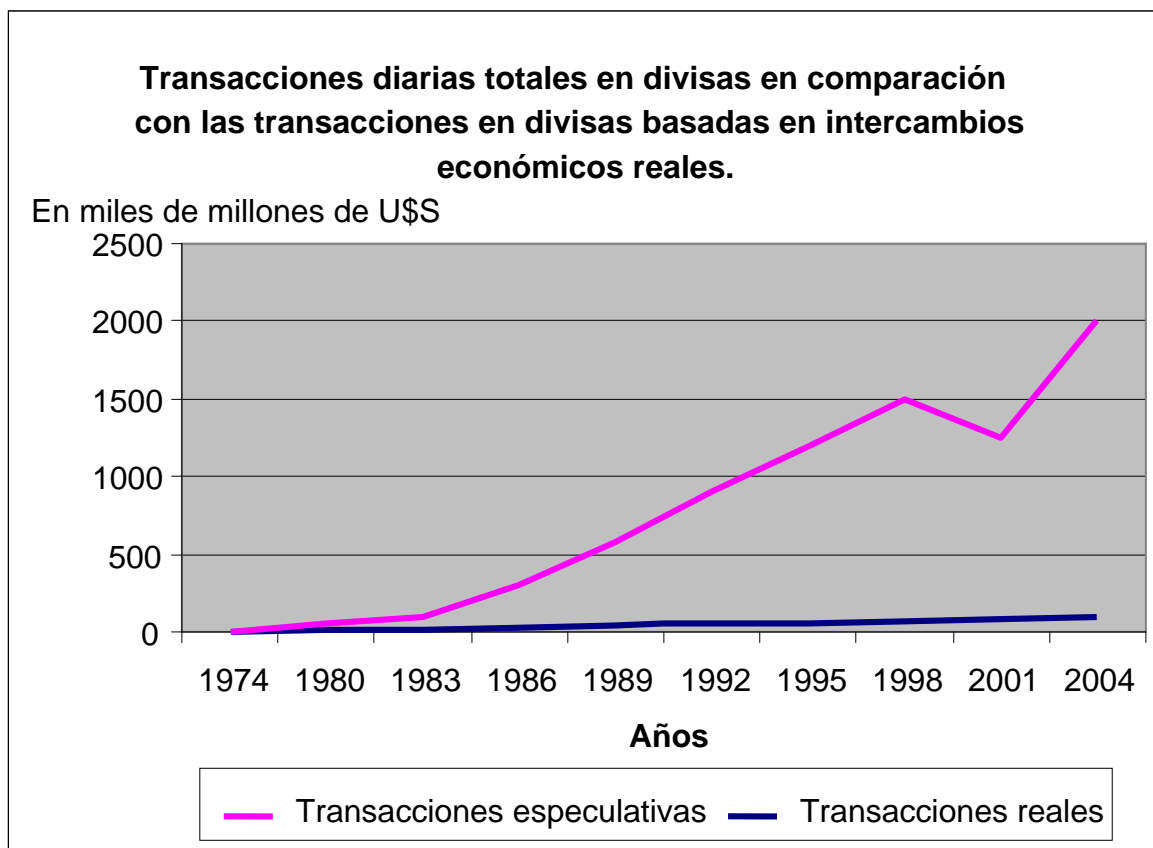
vida de los seres humanos y los ecosistemas (Figura 1). La economía financiera pretende darle mayor movilidad y flexibilidad al capital de manera que la economía real se reproduzca a las mayores tasas posibles. Pero la producción, el trabajo humano, la reproducción de la naturaleza no son números ficticios capaces de ajustarse a esas expectativas. (Figura 2)

Figura 1: La economía financiera y su base de sustentación.



Fuente: Tomado y modificado de Pengue 2008.

Figura 2: La economía financiera especulativa y la real.



Fuente: Tomado de Lietaer, B. (2005).

En su artículo *¿Es posible el capitalismo sostenible?*, James O'Connor (2002) utiliza el herramental marxista para explicar cómo, a partir de las contradicciones estructurales del capitalismo, las recurrentes crisis tendrán sus efectos perjudiciales para la naturaleza. Siguiendo a Marx, entiende que el capital pone en riesgo su propia sostenibilidad por la contradicción existente entre el carácter social de la producción y la apropiación privada de la misma. Esta primera contradicción del capitalismo supone que el intento de los capitales individuales de elevar sus ganancias incrementando la productividad del trabajo, aumentando la rapidez de los procesos productivos, disminuyendo los salarios o acudiendo a otras formas usuales de obtener mayor producción con un menor número de trabajadores, termina por producir, como efecto no deseado, una reducción en la demanda final de bienes de consumo. Este escenario de crisis (denominada crisis de realización o crisis de demanda) no fue otro que el que ocurrió en 1930. La respuesta y salida a esta crisis es por todos bien conocida. Luego del fin de las guerras, los programas de reactivación adoptados bajo los preceptos keynesianos lograron revertir la recesión y generar un shock de demanda efectiva. Sin embargo, este crecimiento sostenido durante los 30 años gloriosos, de Estados de Bienestar y régimen de acumulación fordista, también fue a costa de mayor consumo de petróleo, mayor utilización de recursos mineros agotables, mayor presión sobre los ecosistemas a través de la nueva agricultura industrial (Pengue, 2005) y mayor generación de residuos.

Cuando se procede a incrementar los costos del trabajo, sea en respuesta a los movimientos de trabajadores o por políticas que priorizan los derechos laborales, así como los costos de los recursos naturales, el capitalismo se encuentra frente a una segunda contradicción: la crisis generada por los costos (o crisis de valorización). En este escenario el capital intenta sostener e incrementar

sus ganancias individuales presionando sobre las condiciones sociales y materiales de su producción: descuido de las condiciones de trabajo que generan problemas higiénicos, degradación de los suelos en agricultura, sobrepastoreo en ganadería, deterioro de las infraestructuras urbanas, etc. Todos, hechos que a la larga terminan aumentando los costos y disminuyendo la productividad. A su vez, la respuesta espontánea por mejores condiciones de trabajo por parte de los trabajadores, por la conservación y el respeto a los valores ambientales, por condiciones mínimamente aceptables de urbanidad vuelven a incrementar los costos del capital individual. Esta amenaza a la rentabilidad conduce al capital a intentar (re)racionalizar los mercados de trabajo, de tierra rural y urbana, de insumos, de combustible, de materias primas, para reducir los costos de producción. El capital en su intento de reducir el tiempo de retorno debe saltar estas barreras que ofrecen los sindicatos, los movimientos sociales, los mercados regulados, o las legislaciones protectoras de los recursos naturales, abandonando el circuito general del capital y expandiéndose por la vía más fácil: compra de tierras, bolsa de valores, mercado de bonos y otros mercados financieros. Esta expansión del capital financiero a través de la flexibilización y la desregulación fue la propuesta de recuperación frente a la caída en las tasas de ganancia que había derivado en la crisis de comienzos de los 70⁷¹. Las consecuencias devastadoras de este proceso que se dio en llamar neoliberalismo son tan conocidas que no haría falta ahondar demasiado: más pobreza acompañada de un consumismo desmedido, mayor gasto energético, mayor contaminación, residuos en exceso, disminución en el acceso al agua potable, agotamiento de recursos renovables y no renovables, etc.

En suma, estas dos contradicciones generadoras de crisis de demanda (realización) o crisis de costos (valorización) no sólo se traducen en mayor presión sobre los recursos naturales sino que, además, la solución y la salida a estas crisis por la vía de la reactivación del crecimiento generan una nueva presión igualmente devastadora sobre el ambiente. En el texto de O'Connor el motivo de este doble proceso aparentemente sin salida radica en la premisa de que el capitalismo para ser sostenible debe estar constantemente en expansión: el capital no tiene más objetivo que el de la reproducción ampliada de sí mismo, por lo que la sostenibilidad del capitalismo depende de la sostenibilidad de los niveles de acumulación y de ganancia. Esta simple premisa, sin embargo, no es nada simple y tampoco es exclusiva del capitalismo. Por el lado del materialismo histórico, fundamento de los proyectos de los Estados socialistas, jamás se puso en duda la búsqueda de la reproducción ampliada del capital productivo (Sahlins, 1997). La discusión acerca del ser humano como sujeto racional buscador de una felicidad provista por lo material es antigua y no sería posible resolverla en este artículo. De hecho, el punto de partida de la obra de Marx fue resolver esa disyuntiva idealismo/materialismo, que él personificaba en Hegel/Epicuro y que Kant había personificado en Platón/Epicuro o Darwin (Bellamy Foster, 2005). Lo que sí podemos asegurar es que la modernidad, la sociedad occidental, ha construido una noción de progreso inseparable a la de crecimiento económico y desarrollo de fuerzas productivas.

2. El decrecimiento

Más allá de la discusión acerca de qué parte de este supuesto individuo materialista-consumidor, le correspondería a la naturaleza humana y qué parte al sistema que lo realiza como sujeto social nos encontramos ante un verdadero problema. Un sujeto consumidor, insaciable de consumo exosomático, creador continuo de necesidades infinitas, tarde o temprano se topará con una provisión

⁷¹ Claro está que el alza de precios del petróleo de 1973 no fue por una política conservacionista ni de respeto a los valores de la naturaleza por parte de la OPEP.

de bienes que no puede extenderse a perpetuidad. Como se mencionó anteriormente, el sistema económico, proveedor de bienes y servicios, es creado por una sociedad, la cual encuentra su soporte en un medio físico y material, que no es otra cosa que la naturaleza. Hace casi ya 40 años, Georgescu Roegen⁷², planteó en su trabajo *The Entropy Law and the Economic Process* (Roegen, 1971) que el sistema económico se encontraba inmerso en un medio físico y material y por lo tanto estaba sujeto a las leyes de la física y de la termodinámica. Esto significa poner de manifiesto que los recursos que provee el planeta son finitos, que no existe sustitución perfecta de los factores, que la capacidad de la biósfera como sumidero de los residuos es limitada y que en todo proceso económico los materiales y la energía que ingresan con bajos niveles de entropía salen con mayores niveles de entropía, es decir, de menor utilidad (Hernández Cervantes, 2008).

Hoy está claro que la postura de Georgescu Roegen no es sólo una crítica en el plano teórico a la economía neoclásica o una nueva abstracción acerca de cómo funciona el sistema económico. Por el contrario, es una realidad que desde hace varios años es evidente. Ya desde el año 1960 el cálculo de la huella ecológica planetaria demostró que se había superado el límite de sostenibilidad del planeta Tierra. Hoy se estarían necesitando casi dos planetas para que el consumo actual pueda sostenerse, y la tendencia creciente continúa. Este sobreconsumo a nivel planetario -es importante aclarar- no es debido a la humanidad entera sino que, como sabemos, hay grandes diferencias entre estos "sujetos consumidores". La huella ecológica media de un ciudadano de Estados Unidos, modelo de Estado liberal (Esping-Andersen, 1993), asciende a 9.5 Ha, bastante cercanas a las 8 Ha que necesitaría un ciudadano de un modelo de Estado de tipo Socialdemócrata como Dinamarca. Estos índices de consumo de los países centrales se advierten algo lejanas a las 2.5 Ha promedio que necesitaría un ciudadano argentino y muy lejos de las 0.5 Ha que hoy necesita un habitante de Haití o de Afganistán (Global Footprint Network, 2008). Cuando se plantea el crecimiento como meta se supone que será a través de esta vía que se mejorará la calidad de vida de toda la humanidad. Sin embargo, si se pretende generalizar el modo de vida occidental hoy se estarían necesitando entre 3 y 6 planetas y suponiendo un índice de crecimiento del 2% anual, en el año 2050, se necesitarían 30 (Latouche, 2008). Estos números reflejan también el fetiche que representa la creencia de que el nuevo capitalismo cognitivo invertirá las cantidades del componente material utilizado en la producción. Si bien es factible que las proporciones relativas utilizadas entre materia y conocimiento puedan estar cambiando, es de una total ingenuidad suponer que la fracción material utilizada disminuye. Por otro lado, en términos de las relaciones norte-sur, es sabido que las empresas pertenecientes a los países del capitalismo central han conseguido reubicar la mayor parte de la fracción material-energética del proceso del proceso productivo en los países periféricos. Es decir que el deterioro ambiental de los países periféricos se agrava en la medida que aumenta el consumo de los países centrales, a pesar de que éstos no evidencien impactos ambientales negativos fronteras adentro.

El documento producido en la cumbre de Londres pretendía "reflejar los intereses no sólo de la población actual sino de también de las generaciones futuras", "construir una recuperación inclusiva, ecológica y sostenible", así como también insistía en su "compromiso de afrontar la amenaza del cambio climático irreversible" utilizando "tecnologías e infraestructuras limpias, innovadoras, poco contaminantes y que usen eficazmente los recursos" (G20, 2009a). Sin embargo, se cae en una absurda contradicción cuando en los mismos párrafos afirma que

⁷² Cabe aclarar que si bien Nicholas Georgescu Roegen es considerado como uno de los padres de la Economía Ecológica, por estas mencionadas críticas a la economía neoclásica dominante del momento, ha habido numerosos autores, que Georgescu Roegen no llegó a leer (al menos no los cita) pero que formularon similares razonamientos mucho tiempo antes, como Frederick Soddy y Sergei Podolinsky, contemporáneo este último a Marx. (Martinez Allier, 1995)

se debe alcanzar un crecimiento constante proponiendo valores de entre el 2% y el 4%. Esta incoherencia parte de un razonamiento bastante difundido y generalizado que postula que tras una fase de expansión, gran consumidora de recursos naturales y productora de fuentes de contaminación, vendría una fase en la que la tecnología permitiría continuar el crecimiento reduciendo cada vez más el impacto negativo del crecimiento industrial. Este razonamiento además de caer en un inadmisibles determinismo positivista, es falaz pues supone un desarrollo sostenible con mayor consumo de energía, más petróleo, más gas, más carbón, más energía nuclear y más energías renovables, y todo esto invirtiendo en más tecnologías que aseguren y constaten que no será en detrimento del medio ambiente. De esta manera se niega el agotamiento de fuente, se niega el estado del recurso y se niega la condición de sumidero. Suponer que el crecimiento es el problema y es a la vez la solución es de una torpe necesidad. Esta suposición del crecimiento sin fin parece hasta negar la ley de rendimientos de decrecientes formulada por los propios clásicos de la economía.

Es muy loable que tal como lo han expresado en Pittsburgh, el G20 se proponga “trabajar juntos para hacer los cambios políticos e institucionales necesarios para acelerar la convergencia de los niveles de vida y de la productividad de las economías emergentes y en desarrollo con la de los niveles de las economías avanzadas” (G20, 2009b). Pero para ello, no es necesario solamente elevar el nivel de vida (y de consumo) en los países del sur global, como se plantea en el documento de la última reunión sino también detener y descender el nivel de consumo de los países centrales. Es imposible pretender las dos cosas juntas y suponer que se cumple con la “responsabilidad de asegurar nuestro futuro a través del consumo sostenible, la producción y utilización de los recursos que conservan nuestro medio ambiente y enfrentar el desafío del cambio climático” (G20, 2009b).

El ecólogo Howard Odum, planteó en su obra *“A prosperous way down”*, (Odum y Odum, 2001) que un decrecimiento era necesario. Su propuesta se oponía así, no sólo a la corriente que aún pretende sostener el crecimiento, sino también a la que propone un “estado estacionario” en el cual podría mantenerse el consumo de la humanidad. Lógicamente si se detiene el crecimiento, manteniendo el nivel de consumo actual, seguiría siendo igual de devastador. Esta posición por el decrecimiento es hoy tomada por un gran grupo de científicos e intelectuales mayoritariamente franceses, como Serge Latouche y Paul Aries, e italianos, como Mauro Bonaiuti (Latouche, 2008). Pero también es acompañada desde la práctica de numerosos individuos, organizaciones y movimientos sociales que son conscientes no solamente de que es perjudicial suponer que la felicidad radique en los bienes que se puedan comprar, sino que además es una mentira a la que no hay que resignarse. Desde esta vertiente el decrecimiento no es considerado como un ideal sino como una necesidad. Sin embargo, el móvil del G20 es el opuesto: cómo reactivar y sostener el crecimiento.

3. La obsoleta mentalidad de mercado

“Nuestra situación actual puede resumirse así: la civilización industrial puede destruir al hombre” (Polanyi, 1947). En febrero de 1947 Karl Polanyi publicaba en la revista *Commentary* un artículo intitulado “Nuestra obsoleta mentalidad de mercado”. Allí exponía gran parte de las ideas volcadas en lo que fue tal vez su obra magna, *“La gran transformación”*, cuestionando con una frase contundente como ésta la verdadera viabilidad de la economía de mercado autorregulada y las peligrosas ventajas de la sociedad industrial. En el capítulo 6 de *La Gran Transformación* se aborda de una manera histórica cómo desde el fin de la edad media la expansión de los mercados se correspondió con el crecimiento de la producción industrial y cómo a partir de este proceso se crea una sociedad de mercado, algo que en la historia de la humanidad no tenía

antecedentes. En términos de Polanyi “Una economía de mercado es un sistema económico regido, regulado y orientado únicamente por los mercados” (Polanyi, 1989). Esto significa que la producción y la distribución de bienes son reguladas por los mecanismos de oferta y demanda, expresados numéricamente en los precios de las mercancías. El concepto de mercancía constituye, entonces, el mecanismo del mercado que permite articular los procesos de la producción industrial. Por definición, una mercancía es un objeto producido para su venta en el mercado. Por lo tanto cada elemento de la industria regulada por el mencionado mecanismo de la oferta y la demanda, debe estar necesariamente regulado por un mercado que asigne estos precios. Siguiendo este razonamiento, el trabajo, la tierra y el dinero, componentes esenciales en la industria, deberían estar organizados en mercados. Sin embargo, correspondiendo a la anterior definición, el trabajo, la tierra y el dinero no son mercancías pues no han sido producidos para su venta en el mercado. Polanyi los denomina entonces “mercancías ficticias”. La gravedad de esta ficción radica en que aún siendo los mercados de trabajo, de tierra y de dinero esenciales para la economía de mercado, ni la sociedad, ni el planeta podrían soportar los efectos de liberar al juego de la oferta y la demanda la entidad trabajo, sinónimo de ser humano y la de tierra, sinónimo de naturaleza: “La mercancía denominada fuerza de trabajo no puede ser zarandeada, utilizada sin ton ni son, o incluso ser inutilizada, sin que se vean inevitablemente afectados los individuos humanos portadores de esta mercancía peculiar. Al disponer de la fuerza de trabajo de un hombre, el sistema pretende disponer de la entidad física, psicológica y moral humana que está ligada a esta fuerza. (...) los seres humanos morirían convirtiéndose en víctimas de una desorganización social aguda, serían eliminados por el vicio, la perversión, el crimen y la inanición. La naturaleza se vería reducida a sus elementos, el entorno natural y los paisajes serían saqueados, los ríos polucionados, el poder de producir alimentos y materias primas, destruido. Y para terminar, la administración del poder adquisitivo por el mercado sometería a las empresas comerciales a liquidaciones periódicas, pues la alternancia de la penuria y de la superabundancia de dinero se mostraría tan desastrosa para el comercio como lo fueron las inundaciones y los períodos de sequía para la sociedad primitiva.”(Polanyi, 1989) Con estas oraciones Karl Polanyi describe en 1944 un escenario que hoy todos sabemos real.

De manera análoga al anterior apartado del artículo, se puede decir que el momento que le tocó vivir a Karl Polanyi mostró claramente las consecuencias de largos años de proyecto liberal de mercado autorregulador. La explosión de este proyecto en las guerras mundiales, la crisis económica y los gobiernos totalitarios demostró la necesidad de poner controles al libre mercado, algo que en términos del autor sería el reencastamiento de la economía en la sociedad. Pero esos controles nuevamente se levantaron desde 1970 con el proyecto neoliberal y hoy comienzan a explotar sus consecuencias en picos de desempleo, crisis alimentaria, crisis ecológica y crisis financiera.

Sin embargo, ante las evidencias de estos procesos, el G20 aún no decide qué camino tomar. El tercer párrafo del documento elaborado en Londres afirmaba: “Creemos en que el único cimiento sólido para una globalización sostenible y una prosperidad creciente para todos es una economía mundial abierta basada en los principios de mercado, en una regulación eficaz y en instituciones globales fuertes”. La contradicción es evidente: o se propone una economía mundial abierta y basada en los principios de mercado, o se propone una regulación eficaz con instituciones globales fuertes. Pero en rigor, la contradicción se resuelve en el propio documento con la medida más contundente tomada en Londres. Al triplicar los recursos a disposición del FMI, ascendiéndolos a una suma de 750.000 millones de dólares, al apoyar una nueva partida de Derechos Especiales de Giro de 250.000 millones de dólares, más 100.000 millones de dólares en préstamos adicionales por parte de bancos multilaterales de desarrollo, y al garantizar 250.000 millones de dólares de apoyo para la

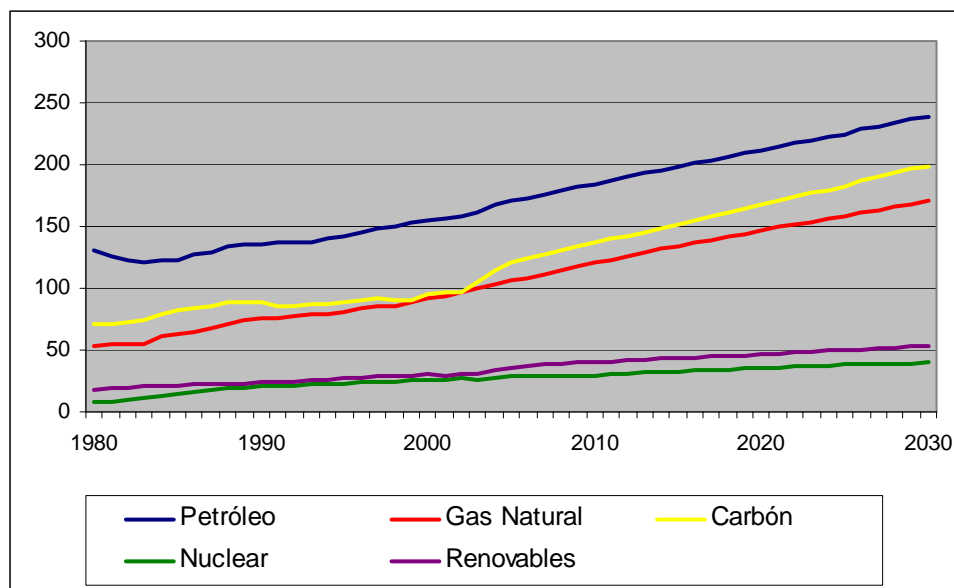
financiación del comercio, queda claro que se procede en una intervención para confirmar la validez y vigencia de la economía de mercado. De igual manera, en la reunión de Pittsburgh se especificó la necesidad de “proteger a los consumidores, depositantes e inversores de las prácticas abusivas del mercado. Sin embargo en un apartado textualmente titulado “Una economía global abierta” se planteó el imperativo de “permanecer unidos para luchar contra el proteccionismo en todas sus formas” y “seguir comprometidos con la liberalización del comercio”, alineándose explícitamente con la OMC y la Ronda de Doha (G20, 2009b)

4. Empleo, seguridad energética y cambio climático

El documento elaborado en Pittsburgh contiene como novedad dos apartados especialmente titulados “Introducir empleos de calidad al corazón de la reactivación” y “Seguridad energética y cambio climático”. Desde ya que es saludable, y hasta esperanzador que estos temas, que al fin y al cabo son los fundamentales, tomen protagonismo. Pero esta obstinada convicción en el buen funcionamiento de la economía de mercado y en la estrecha búsqueda del crecimiento por el crecimiento no solo imposibilita encontrar una solución a estas problemáticas sino que alimentan más aún la gravedad del asunto.

La cuestión de la seguridad energética es vista casi exclusivamente como una cuestión de precios y de fallas en el mercado. Se plantea que “El acceso a las distintas fuentes de energía confiables, asequibles y limpias es fundamental para el crecimiento sostenible. Los mercados ineficientes y la volatilidad excesiva afecta negativamente tanto a los productores como a los consumidores”. Ante este diagnóstico las soluciones pasan por “Aumentar la transparencia en el mercado de la energía y la estabilidad del mercado mediante la publicación de datos sobre la producción de petróleo, el consumo, refinación y los niveles de existencias, completa, precisa y oportunamente, según corresponda, en forma regular, idealmente mensuales, comenzando en enero de 2010” (G20, 2009b). Pareciera así que la amenaza del Peak oil se debe básicamente a algunas distorsiones en el mercado de combustibles y a la falta de un sistema de información consolidado. El énfasis que se pone en el documento en la necesidad de generar datos articulados entre las distintas instituciones competentes (como la AIE, OPEP, OCDE, BM) sobre la oferta y demanda energética es sumamente positivo y es una necesidad real que hoy tiene el planeta. Pero la eliminación de “ineficientes” subsidios a los combustibles fósiles por “fomentar el consumo derrochador”, que es sin dudas la medida más contundente en esta temática, no soluciona el problema que genera la demanda creciente de combustibles. Medidas de este tipo generarían, a lo sumo, que dichos combustibles se tornen menos accesibles para algunos, porque a la luz de las proyecciones que el propio G20 avala, las cantidades utilizadas de combustibles fósiles no podrían ser reemplazadas por fuentes de energías renovables (Figura 3). Sin embargo, en ningún momento se habla de reducir (ni siquiera de detener el aumento) del consumo energético. Constantemente se insiste en esperar la panacea del uso de energías renovables, “verdes” y “limpias”, entendiéndose que con ello no sólo queda solucionado el problema de la eficiencia energética, sino que además, ayudan a “proteger nuestro medio ambiente, promover el crecimiento sostenible y afrontar la amenaza del cambio climático”. El uso de términos de connotación positiva como “verdes” o “limpias” no puede ocultar los graves problemas ambientales y sociales que están generando la producción y el uso de algunos de estos novedosos tipos de energías “renovables”. Por otro lado ni es cierto que su producción sea favorable para el cambio climático ni se espera tal eficiencia energética.

Figura 3, Proyección en el uso de energía global comerciable según tipo de combustibles. 1980-2030 (En miles de billones de BTU)



Fuente: Energy Information Administration. EE. UU.

Cuando se hace referencia a la búsqueda de un “mercado laboral más inclusivo” quedan claras todas las contradicciones que encierra una expresión como ésta. El G20 le atribuye a los distintos países la responsabilidad de aplicar sus “propias políticas nacionales, para fortalecer la capacidad de los trabajadores para adaptarse a las cambiantes demandas del mercado”, aclarando además que “ya no es suficiente formar a los trabajadores para satisfacer las necesidades específicas actuales” sino “garantizar el acceso a programas de capacitación que aporten al desarrollo continuo de sus competencias y centrarse en las necesidades futuras del mercado” (G20, 2009b). De esta manera el ser humano se consolida en su condición de trabajador, como advertía Polanyi, como un simple engranaje que responde a las necesidades del mercado laboral mundial.

El documento elaborado en la última reunión se vanagloriaba de que tras las medidas tomadas en Londres “La producción industrial está aumentando en casi todas nuestras economías” y que “El comercio internacional está comenzando a recuperarse”. No obstante, y a modo de acto de sinceridad, reconocieron que “El proceso de recuperación y reparación sigue siendo incompleto” pues “En muchos países, el desempleo sigue siendo inaceptablemente alto”. Cabe aclarar que cuando se toma como un logro la recuperación del comercio internacional y el aumento en la producción industrial durante 2009, se hace referencia fundamentalmente a los países del capitalismo central y no a aquellos donde el crecimiento es necesario para elevar el nivel de vida de las personas. Pero, al fin y al cabo, siendo evidente que el empleo no crece al ritmo que se recupera la producción⁷³, ¿es realmente necesario el crecimiento de la producción industrial? Y más allá de ser necesario, ¿es realmente posible “generar un fuerte crecimiento global, sostenible y equilibrado”? (G20, 2009b)

⁷³ La OIT preparó para la reunión de Pittsburgh un informe cuyas conclusiones fueron añadidas al documento final. Allí se reconoce que gracias a las medidas de estímulo económico tomadas en las cumbres anteriores pudieron salvarse entre 7 y 11 millones de empleos en todo el mundo. Sin embargo, durante 2008 y 2009 se habrían perdido alrededor de 30 millones de puestos de trabajo.

5. La agenda pública y el comando estratégico de la economía global

La importancia de este tipo de reuniones, de los documentos elaborados y los lineamientos que allí se imprimen no puede ser menospreciada. Creado en 1975, el G7 se formó con el argumento de convocar a los siete países más industrializados. Sin embargo, sus integrantes (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Japón, Canadá e Italia) no fueron seleccionados por criterios de orden de PBI, PBI per cápita o grado de industrialización sino fundamentalmente por su alto poder político y militar. Luego de 1998 el grupo incorporó a Rusia, formando el G8. Recientemente, y desplazando al proyecto menos inclusivo de G14, el G20 quedó consolidado desde la última cumbre como el organismo que se encargará de la situación financiera mundial y como foro permanente para cooperación económica internacional.

Más allá de la soberanía que tengan los Estados nacionales para definir sus propias políticas y más allá del verdadero poder que el mecanismo del libre mercado le otorga a los grandes grupos económicos mundiales, a las corporaciones financieras y a las firmas multinacionales, este tipo de organismos y agencias inter/supra/estatales tienen en sus manos gran parte del control hegemónico y de la regulación del sistema global (Arrighi, 2001). De esta manera tienen la capacidad de formatear la agenda pública de la mayoría de los países (Coraggio, 2005, 2007) y sus habitantes sin decidirlo pasan a ser gobernados por una cúpula conformada ya sea por un grupo de notables o por los legítimos representantes de un grupo reducido de países, en este caso los denominados emergentes o industrializados. No solamente la inclusión de los países emergentes en el grupo fue vista desde muchos lados como un acto de democratización sino además la resolución de transferir el 5% del poder de voto en el FMI y el 3% en el Banco Mundial a los países emergentes –otro de los grandes anuncios de la reunión- fue lógicamente recibida con aplausos. Pero estos mismos agentes hegemónicos son los que promovieron desde los años 70 este nuevo orden financiero y hoy, que muestran la preocupación de no poder ordenar tal desorden financiero, son los que reciben los mayores espaldarazos y gestos de confianza.

Así, los líderes del G20 parecen ser los pilotos de un barco que se dirige rumbo a un iceberg y discuten acerca de qué velocidad tomar en lugar de cambiar el rumbo. El primer ministro inglés, Gordon Brown, sentenció: “Un nuevo orden mundial está emergiendo. El consenso de Washington ha muerto. Estamos frente a un giro histórico”. Pero evidentemente, no se advierte giro histórico alguno cuando la solución propuesta es inyectar liquidez al sistema financiero y cuando el organismo que ha sido el protagonista excluyente en la aplicación de las prescripciones del consenso de Washington resulta apuntalado con una cifra cercana al billón de dólares. Los valores morales que son transmitidos el asumir “la responsabilidad de invertir en las personas, ofreciéndoles educación, capacitación laboral, condiciones de trabajo decente, cuidado de la salud, apoyo a la protección social y combate a la pobreza, la discriminación, y todas las formas de exclusión social” (G20, 2009b) no parecen plasmarse en las medidas anunciadas. Al destinar las enormes sumas de dinero puestas a disposición para el rescate financiero, los beneficiarios serán nuevamente los especuladores, los grandes bancos y las grandes financieras. Esto es efectivamente lo que viene ocurriendo desde fines de 2008 a pesar de que en las reuniones resuenen las voces contra los paraísos fiscales, contra los especuladores y a favor de la refundación del capitalismo. Por supuesto, paliar el hambre en los países del lejano tercer mundo, la inversión en sistemas de salud pública, o la inversión en educación básica no vienen a mejorar los índices financieros que esperan indiquen el fin de la crisis.

Indefectiblemente un cambio de rumbo, tarde o temprano será necesario. Y la agenda pública debería proponerse llevarlo a cabo de la manera menos dramática para todos. Existan o no leyes naturales que guíen el movimiento de la

sociedad moderna, la sociedad puede decidir su destino y deberá hacerlo, como decía Marx, mitigando los dolores del parto (Marx, 1973). Imaginar una nueva agenda pública que se proponga un decrecimiento sostenible y un modelo de desarrollo justo y equitativo entre los países del capitalismo central y la periferia, pareciera algo utópico. Utópico en el sentido que es puesto como un horizonte a ser buscado eternamente. Pero una agenda pública que propone aumentar el crecimiento a la vez que respetar los intereses de las generaciones futuras, que avala los principios de mercado como cimiento de una globalización sostenible, que pretende “elevar la producción en pocos meses en un 4% para contribuir con una transición en el sentido de una economía ecológica” (G20, 2009a) es una utopía largamente mayor que la anterior. Es un objetivo puesto en un punto mucho más cercano que el del horizonte, pero intrínsecamente imposible de alcanzar (Hinkelamert, 1984). El G20 sigue avalando la lógica de un crecimiento que no es posible y la de una economía de mercado global que es devastadora. Es urgente, entender que el crecimiento infinito es imposible y que el mecanismo de mercado no puede seguir regulando la supervivencia de la humanidad. Seguir negando los efectos indirectos, intencionales o no intencionales, que ha venido generando la sociedad industrial es parte de una autoceguera o de una cínica lucidez increíble. No se puede permitir seguir avalando un sistema que genera tantos problemas como los que cree solucionar y que pone en riesgo la vida de más personas de las que salva (Hinkelamert y Mora, 2003). Ignorarlos o, a lo sumo, tratarlos como distorsiones a ser corregidas es el camino que hoy pretende seguir la agenda pública.

Bibliografía

Arceo, Enrique (2009) *El fin de un peculiar ciclo de expansión de la economía norteamericana. La crisis mundial y sus consecuencias*. En: “La crisis mundial y el conflicto del agro”. Editado por Universidad Nacional de Quilmes-Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini- Diario Página 12. Editorial La Pagina S.A. Avellaneda. 2009.

Arrighi, Giovanni y (2001) *La globalización, la soberanía estatal y la interminable acumulación del capital* Fragmentos de la “Conclusión” de Arrighi, G. Y Silver, Beverly : “Caos y orden en el moderno sistema mundo” Akal Madrid 2001

Bellamy Foster, John. (2005) *A Ecología e Marx. Materialismo e natureza*. (Introducción y Capítulo I). Civilização Brasileira. Rio de Janeiro. 2005

Coraggio, José Luis (2007) *Desarrollo regional, espacio local y economía social*. Versión revisada de la ponencia presentada en el Seminario Internacional “Las regiones del Siglo XXI. Entre la globalización y la democracia local”, organizado por el Instituto Mora, México, 9-10 de junio de 2005

Coraggio, José Luis y Quiroga Díaz, Natalia. (2005) *El lugar para el desarrollo local en la agenda global*. Revista Foro Nº56 diciembre de 2005. Colombia.

Esping-Andersen, Gosta (1993): *Los tres mundos del Estado de Bienestar*. Edicions Alfons El Magnànim. Generalitat Valenciana. Valencia (Parte I- Capítulos 1, 2 y 3). pp 25 a 107

G20 (2008) *Declaration Summit on Financial Markets and the World Economy*.

November 15, 2008 Declaration - Washington, USA. Disponible en: http://www.g20.org/Documents/g20_summit_declaration.pdf

G20 (2009a) *Leaders Statement - The Global Plan for Recovery and Reform* - London, 2 April 2009.

Disponible en: <http://www.g20.org/Documents/final-communique.pdf>

G20 (2009b) *Leaders' statement, the Pittsburgh Summit, 24 - 25 September 2009.* Disponible en: http://www.g20.org/Documents/pittsburgh_summit_leaders_statement_250909.pdf

Georgescu Roegen, Nicholas (1971) *The entropy law and the economic process.* Harvard University press, Cambridge.

Global Footprint Network. (2008) www.footprintnetwork.org

Hernández Cervantes, Tania. (2008). *Breve exposición de las contribuciones de Georgescu Roegen a la economía ecológica y un comentario crítico.* Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad. Nueva Época, año 21, enero-abril 2008, Nº 56.

Hinkelammert, Franz. (1984) *Crítica a la razón utópica*, DEI, San José, Costa Rica.

Hinkelammert, Franz y Mora Jiménez, Henry (2003) *Por una economía orientada hacia la vida.* *Economía y Sociedad.* Nº 22-23, mayo-diciembre de 2003

Latouche, Serge. (2008) *La Apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?* Icaria, Barcelona, España.

Lietaer, Bernard (2005) *El Futuro del Dinero.* Ed. Lonseller, Buenos Aires

Martínez Allier, Joan. (1995) *De la Economía Ecológica al Ecologismo Popular.* Icaria/Nordan comunidad, Montevideo. 1995

Marx, Karl (1973) *El capital. Crítica de la Economía Política.* Prólogo a la primera edición. Tomo I. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

Odum, Howard T. and Odum, Elisabeth C. (2001) *A prosperous way down: principles and policies.* University press of Colorado, Boulder, Colorado, USA.

O'Connor, James (2002) *¿Es posible el capitalismo sostenible?* En: *Ecología Política. Naturaleza, sociedad y utopía.* Héctor Alimonda (comp.) CLACSO

Polanyi, Karl (1989). *La gran transformación.* (1944) Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1989.

Polanyi, Karl (1947) *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado.* En *Commentary* 13, 109-117, año 1947.

Pengue, Walter A. (2008) *La Economía Ecológica y el desarrollo en América Latina.* Revista Fronteras. Año 7, Nº7. pag 11-32. 2008

Pengue, Walter. *Agricultura Industrial y transnacionalización en América Latina.* PNUMA, 2005.

Sahlins, Marshall (1997). *Cultura y Razón práctica. Cap 4. La pensée bourgeoise.* Gedisa. Barcelona, España.